



WILLIAM HOPE HODGSON

Los naufragos de
las tinieblas

Los botes del
Glen Carrig

H. P. Lovecraft tuvo muchos discípulos. Pero un solo maestro: **William Hope Hodgson**. En *Los naufragos de las tinieblas*, el lector descubrirá las claves de esa preferencia. Porque los monstruos viscosos que reptan por las islas que imaginó Hodgson, y las moles erizadas de repulsivos tentáculos que surgen de los abismos míticos del océano, prefiguran las criaturas aberrantes de Lovecraft y sus imitadores. Una novela clásica del género de terror que moviliza nuestras pesadillas atávicas.

Relato de sus aventuras en los lugares extraños de la Tierra después del hundimiento del buen barco *Glen Carrig* al chocar contra una roca oculta en los desconocidos mares del Sur. Tal como fue referido por John Winterstraw a su hijo James Winterstraw en el año 1757 y por éste trasladado de manera correcta y legible al manuscrito.

1

El país de la soledad

Hacía cinco días que estábamos en los botes, y en todo ese tiempo no habíamos descubierto tierra. Pero en la mañana del sexto día, el contra maestre, que capitaneaba la lancha salvavidas, lanzó un grito: lejos, por babor, hacia proa, había algo; pero apenas asomaba en el horizonte, y nadie pudo asegurar si era tierra o simplemente una nube matinal. Sin embargo, como la esperanza empezaba a nacer en nuestros pechos, avanzamos fatigosamente hacia aquel sitio, y alrededor de una hora después descubrimos que sí era la costa de algún país llano.

Luego, poco después del mediodía, estábamos ya tan cerca que podíamos distinguir con facilidad qué clase de tierra había más allá de la costa, y descubrimos así que era de una abominable chatura, más desolada de lo que yo hubiese imaginado jamás. Aquí y allá parecía cubierta por retazos de una extraña vegetación, aunque yo no podría decir si aquellos eran árboles o arbustos grandes; pero si de algo estoy seguro es de que no se parecían a nada que yo hubiese visto jamás.

Deduje todo eso mientras nos movíamos con lentitud siguiendo la costa, buscando una abertura por donde desembarcar; sin embargo, tardamos mucho en encontrar lo que buscábamos. Pero al fin apareció: una ensenada de orillas legamosas que resultó ser el estuario de un gran río, aunque nosotros lo llamábamos siempre riachuelo. Entramos por él y avanzamos despacio remontando la sinuosa

corriente, observando las orillas chatas a ambos lados, buscando algún sitio donde desembarcar; pero no encontramos ninguno: las orillas estaban formadas por un detestable barro que no nos alentaba a aventurarnos en él imprudentemente.

Luego de recorrer poco más de una milla río arriba llegamos junto a las primeras plantas que yo había visto desde el mar, y ahora, separados de ellas por una distancia de pocos metros, podíamos estudiarlas mejor. Así descubrí que se trataba principalmente de una clase de árbol muy bajo y achaparrado, de un aspecto que se podría describir como malsano. Noté que eran las ramas lo que me había hecho confundir a esos árboles con un matorral, hasta que estuve cerca, porque eran unas ramas delgadas y lisas que pendían sobre la tierra, bajo el peso de un enorme fruto semejante a un repollo que parecía brotar de cada punta.

Poco después, al dejar atrás los primeros grupos de árboles, y ver que las orillas del río continuaban siendo muy chatas, me subí a un banco y así pude examinar con atención la tierra que nos rodeaba. Descubrí que, hasta donde llegaba mi vista, la atravesaban innumerables riachuelos y charcos, algunos de gran tamaño; y, como ya que antes, la tierra era chata en todas direcciones, como una enorme planicie de barro; sentí tristeza al mirarla. Quizás ese silencio extremo aterrorizaba inconscientemente mi espíritu, porque yo no veía allí ningún ser vivo, ni pájaro ni vegetal, excepto los árboles achaparrados que se agrupaban acá y allá, sobre la tierra, hasta donde me alcanzaba la vista.

El silencio, cuando tuve plena conciencia de él, fue tanto más pavoroso, porque la memoria me decía que yo no había estado nunca en un país de tanta quietud. Nada se movía en mi campo visual: ni siquiera un pájaro solitario que volase en el cielo opaco; y a mis oídos no llegaba siquiera el grito de un ave marina, ¡no!, ni el croar de una rana, ni el chapoteo de un pez. Era como si hubiésemos lle-

gado al País del Silencio, que algunos han llamado la Tierra de la Soledad.

Había pasado tres horas y seguíamos trabajando con los remos, y ya no veíamos el mar; sin embargo, no aparecía ningún sitio apto para desembarcar, por todas partes nos rodeaba el barro gris y negro, un verdadero desierto viscoso. Por lo tanto nos resignamos a seguir adelante, con la esperanza de poder llegar al fin a tierra firme.

Un poco antes de la puesta del sol dejamos de remar y preparamos una comida frugal con parte de las provisiones que nos quedaban; y mientras comíamos vi cómo el sol se ponía sobre aquel desierto, y me divertí un poco observando las sombras grotescas que arrojaban los árboles en el agua por el lado de babor, pues nos habíamos detenido junto a uno de los matorrales. Recuerdo que en ese momento volví a tomar conciencia del silencio que reinaba en aquel lugar; y que no era un producto de mi imaginación lo confirmaba la evidente intranquilidad tanto de los hombres de nuestro bote como la de los del bote del contramaestre: todo el mundo hablaba en voz baja, como con miedo de quebrar el silencio.

Y en ese instante, mientras yo estaba aterrado por tanta soledad, llegó la primera señal de vida en todo aquel desierto. Lo oí primero en la lejanía, hacia tierra firme... un curioso y apagado sollozo que subía y bajaba como el suspiro de un viento solitario sobre un enorme bosque. Pero no hacía viento. Un momento después dejó de oírse y, por contraste, el silencio de la región fue más impresionante. Miré a mi alrededor a los hombres que iban a mi propio bote y los del bote que capitaneaba el contramaestre; todos estaban concentrados, escuchando atentamente. Pasó así un minuto, sin que nadie se moviera, y entonces uno de los hombres lanzó una carcajada, producto del nerviosismo.

El contramaestre le ordenó con un susurro que callase, y en ese mismo instante llegó otra vez el lamento de aquel salvaje sollozo. De pronto el lamento sonó a nuestra dere-

cha, e inmediatamente fue recogido e imitado en algún sitio distante, río arriba. En ese momento me subí a un banco con la intención de echar otra ojeada a la región, pero las orillas del riachuelo eran ahora más altas; además, la vegetación actuaba como pantalla, y me impedía ver más allá de las orillas a pesar de mi estatura y la altura que me daba el banco.

Pues bien, un poco más tarde el llanto se apagó, y hubo otro silencio. Entonces, mientras escuchábamos, esperando alguna cosa nueva, George, el grumete más joven, que estaba sentado a mi lado, me tiró de la manga, y me preguntó con voz preocupada si yo sabía qué podía presagiar ese llanto; pero yo meneé la cabeza, y le dije que no sabía más que él, aunque agregué, para tranquilizarlo, que quizás era el viento. Pero el muchacho negó con la cabeza: evidentemente esa explicación no era válida, pues reinaba una calma total.

Apenas había terminado de decir esas palabras cuando volvimos a oír el triste llanto. Aparentemente venía de lejos río arriba y de lejos río abajo, y de tierra adentro y de la tierra que nos separaba del mar. Colmaba el aire del atardecer con su lúgubre lamento, y noté que había en él un curioso sollozo, casi humano. Era algo tan pavoroso que ninguno de nosotros habló, pues nos parecía estar escuchando el llanto de almas perdidas. Y mientras esperábamos temerosos, el sol se hundió tras el borde del mundo, y nos cubrió el crepúsculo.

Entonces sucedió algo todavía más extraordinario, pues al caer la noche con un rápido oscurecimiento, los extraños lamentos y sollozos enmudecieron, y otro sonido se propagó por la región: un lúgubre gruñido. Al principio venía de muy lejos, tierra adentro, como el llanto; pero en seguida fue imitado a nuestro alrededor, y pronto colmó la oscuridad. Aumentó de volumen, atravesado por extraños trompetazos. Luego, aunque despacio, fue bajando hasta un rezongo continuo, donde se advertía lo que solo puedo des-

cribir como un insistente y voraz gruñido. ¡Sí!, ninguna otra palabra de las que conozco lo describe tan bien: una nota de *hambre*, algo pavoroso. Y eso, más que todo el resto de aquellas increíbles voces, consiguió llevar el terror a mi corazón.

Mientras yo escuchaba, George me apretó el brazo, anunciando con un estridente susurro que algo había aparecido entre el grupo de árboles de la orilla, a nuestra izquierda. De eso tuve pronto una prueba, porque en el sitio que él me indicaba distinguí un murmullo continuo, y luego un gruñido más cercano, como si una bestia salvaje estuviera ronroneando junto a mi codo. Inmediatamente oí que el contramaestre llamaba en voz baja a Josh, el aprendiz mayor que capitaneaba nuestro bote, y le pedía que se acercase para juntar los botes. Entonces sacamos los remos y empujamos los botes hasta unirlos en medio del riachuelo; y montamos guardia toda la noche, aterrorizados, sin levantar la voz, solo lo necesario para transmitir nuestros pensamientos entre los gruñidos.

Así pasaron las horas, y nada más sucedió que no haya contado ya, salvo que una vez, poco después de la medianoche, pareció que sacudían de nuevo los árboles de enfrente, como si alguna criatura, o criaturas, acechara entre ellos; y poco después se oyó un sonido, como si algo estuviese agitando el agua contra la orilla; pero en un instante volvió a reinar el silencio.

Al cabo de fatigosas horas, el cielo del este comenzó a anunciar la llegada del día, y a medida que la luz crecía y se fortalecía, aquellos insaciables gruñidos se fueron acallando y desapareciendo junto con la oscuridad y las sombras. Así llegó por fin el día, y otra vez tuvimos que sufrir el triste lamento que había precedido a la noche. Ese lamento duró un rato, subiendo y bajando desconsoladamente sobre la inmensidad del desierto que nos rodeaba, hasta que el sol estuvo a unos pocos grados por encima del horizonte; entonces empezó a menguar, desapareciendo despacio en

ecos prolongados, solemnes. Al fin calló por completo, y volvió el silencio que nos había acompañado todas las horas de luz natural.

Como era ya pleno día, el contraмаestre nos ordenó que preparásemos un frugal desayuno, acorde con nuestras provisiones, luego del cual, habiendo primero examinado las orillas para discernir si había a la vista alguna cosa horrible, volvimos a tomar los remos y continuamos viaje río arriba, pues teníamos esperanzas de llegar pronto a un sitio donde la vida no se hubiese extinguido, y donde pudiéramos desembarcar a tierra firme. Sin embargo, como he dicho ya, la vegetación, donde existía, era extremadamente frondosa, así que no es muy exacto decir, como lo hice, que la vida se había extinguido en esa región. Pues, en verdad, ahora que lo pienso, recuerdo que el mismísimo barro de donde brotaba parecía colmado de una vida perezosa, robusta, tan espeso y viscoso era.

Pronto llegó el mediodía. Había pocos cambios en la naturaleza del desierto que nos rodeaba, aunque la vegetación era quizás un poco más tupida y más continua a lo largo de las orillas. Pero las orillas no habían cambiado: formadas por el mismo barro espeso y pegajoso, nos impedían desembarcar; y aunque no existiese ese obstáculo, el resto de la región, más allá de las orillas, no parecía mejor.

Y todo el tiempo, mientras remábamos, mirábamos de una orilla a la otra; y los que no trabajaban con los remos apoyaban de buena gana una mano en la vaina del cuchillo; los acontecimientos de la noche anterior seguían vivos en nuestras mentes, y estábamos muy asustados; habríamos vuelto al mar si no nos hubieran quedado tan pocas provisiones.

2

El barco en la ensenada

Más tarde, ya cerca del anochecer, llegamos a una ensenada que desembocaba en la más grande a través de la ribera que teníamos a la izquierda. La habríamos pasado de largo —tal como, por cierto, habíamos hecho con muchas durante el día— de no haber sido porque el contraмаestre, cuyo bote iba delante, gritó que había una embarcación detenida un poco más allá del primer recodo. Y en efecto, así parecía, pues veíamos con claridad uno de sus mástiles, roto y muy astillado.

Enfermos ya de tanta soledad, y temerosos de la noche inminente, lanzamos algo así como unos vítores que, sin embargo, el contraмаestre silenció, pues no sabíamos quiénes podrían ocupar la nave desconocida. Y entonces, en silencio, el contraмаestre hizo virar su barca hacia la ensenada, y nosotros lo seguimos, cuidando de no hacer ruido y moviendo los remos con cautela. De ese modo no tardamos en llegar al saliente del recodo, y tuvimos a la vista al navío, un poco más atrás. Desde esa distancia no daba la impresión de estar habitado; por eso, después de una leve vacilación, nos acercamos a él, aunque todavía esforzándonos por guardar silencio.

La embarcación desconocida se apoyaba en la orilla de la ensenada que teníamos a la derecha, y por encima de ella se veía un denso grupo de esos árboles atrofiados. Por lo demás, parecía firmemente atascada en el espeso lodo e irradiaba un cierto aire de vejez que me transmitió la triste

sugerencia de que a bordo de ella no encontraríamos nada apropiado para un estómago decente.

Habíamos llegado a una distancia de quizá diez brazas de su proa de estribor —pues yacía inclinada de cabeza hacia la boca de la pequeña ensenada— cuando el contraamaestre ordenó a sus hombres que retrocedieran; así también lo hizo Josh con respecto a nuestro bote. Entonces, ya listos para escapar si nos veíamos en peligro, el contraamaestre llamó a la nave desconocida, pero no obtuvo respuesta: solo algún eco del grito pareció volver a nosotros. Llamó otra vez, por si había alguien bajo cubierta que no hubiese oído el primer grito; pero, de nuevo, la única respuesta fue aquel débil eco, aunque los silenciosos árboles se estremecieron un poco, como si esa voz los hubiera sacudido.

Ante eso, ya confiados, nos acercamos, y en un minuto, usando los remos como puente y trepando por ellos llegamos a cubierta. Allí, salvo que el vidrio del tragaluz del camarote principal estaba roto, y una parte del armazón destrozado, el desorden no era extraordinario, por lo cual nos pareció que no hacía mucho que estaba abandonada.

En cuanto subió, el contraamaestre se dirigió a proa, hacia la escotilla, seguido por todos nosotros. Encontramos la puerta de la escotilla casi cerrada, y descorrerla nos costó tanto que tuvimos prueba inmediata de que hacía mucho tiempo que nadie bajaba por allí.

Sin embargo, no tardamos gran cosa en llegar abajo, donde comprobamos que la cabina principal estaba vacía, a no ser por los muebles. Comunicaba con dos camarotes por delante, y con la cabina del capitán por detrás, y en los tres sitios encontramos ropas y artículos diversos que demostraban que la nave había sido abandonada con prisa manifiesta. Como prueba adicional de esto hallamos, en un cajón de la pieza del capitán, una considerable cantidad de monedas de oro, que no era de suponer que su dueño hubiese dejado allí por su libre voluntad.

De los camarotes, el de estribor mostraba indicios de haber sido ocupado por una mujer: una pasajera, sin duda. El otro, donde había dos literas, había sido compartido, por cuanto pudimos comprobar, por dos hombres jóvenes; esto lo dedujimos observando diversas prendas diseminadas al descuido en ese lugar.

Con todo, no hay que suponer que nos detuvimos mucho en las cabinas, pues necesitábamos alimentos, y siguiendo instrucciones del contraмаestre nos apresuramos a ver si había vituallas que pudieran mantenernos con vida.

A tal fin abrimos la compuerta que conducía a la despensa, encendimos dos lámparas que traíamos en los botes y bajamos a explorar. Fue así que no tardamos en hallar dos toneles que el contraмаestre abrió con un hacha. Esos toneles, sólidos y bien cerrados, contenían galleta marina, muy sabrosa y apta para el consumo. Al ver esto, como es de imaginar, nos tranquilizamos, sabiendo que no había temor inmediato de morir de hambre. Luego descubrimos un barril de melaza, un tonel de ron, algunos cajones de fruta seca —que estaba enmohecida y era apenas comestible—, un tonel de carne vacuna salada, otro de cerdo, un pequeño barril de vinagre, una caja de coñac, dos barriles de harina, uno de los cuales resultó estar humedecido, y un manojito de velas de sebo.

Poco tardamos en llevar todo eso a la cabina grande, a fin de tenerlo a mano para separar lo que era apropiado para nuestros estómagos de lo que no lo era. Entre tanto, mientras el contraмаestre supervisaba estas cuestiones, Josh llamó a dos marineros y subió a cubierta para traer los pertrechos de los botes, pues se había decidido que pasaríamos la noche a bordo de aquella nave.

Una vez hecho esto, Josh fue a inspeccionar el castillo de proa, pero no encontró nada más que dos cofres, una bolsa marinera y algunos utensilios sueltos. Por cierto que no había, en total, más de diez literas para dormir, ya que era solo un bergantín pequeño, que no requería una tripu-

lación numerosa. Sin embargo, Josh quedó bastante perplejo pensando qué habría pasado con los cofres que faltaban, pues era inconcebible que no hubiera habido más que dos —y una bolsa marinera— para diez hombres. Pero en ese momento no tenía la respuesta, de modo que, ansioso por comer, volvió a cubierta y de allí a la cabina principal.

Mientras tanto, el contraмаestre había puesto a sus hombres a despejar la cabina principal, y luego había servido a cada uno dos galletas y un trago de ron. Cuando apareció Josh, le dio lo mismo, y poco después convocamos a una especie de consejo, ya lo bastante reconfortados por la comida como para conversar.

Antes de hablar, sin embargo, nos dimos tiempo para encender nuestras pipas, pues el contraмаestre había descubierto una caja de tabaco en la cabina del capitán, y después de esto pasamos a considerar nuestra situación.

Según calculaba el contraмаestre, teníamos alimento para casi dos meses, y esto sin restringirlo mucho; pero todavía nos faltaba comprobar si el bergantín guardaba agua en sus toneles, porque la de la ensenada era salobre, aun a tanta distancia del mar. El contraмаestre encargó de esto a Josh con dos hombres. Ordenó a otro ocuparse del fogón mientras estuviéramos en esa nave. Pero dijo que por esa noche no necesitábamos hacer nada, ya que en los barriles de los botes teníamos agua suficiente hasta el otro día. Y así el crepúsculo empezó a llenar la cabina, pero nosotros seguimos conversando, muy satisfechos con la tranquilidad de que gozábamos en ese momento, y con el buen tabaco que disfrutábamos.

Poco después uno de los marineros nos gritó de pronto que calláramos, y en ese instante todos lo oyeron: un gemido lejano y prolongado el mismo que llegara hasta nosotros al anochecer del primer día. Al oír eso nos miramos entre el humo y la creciente oscuridad, y mientras nos mirábamos el gemido fue cada vez más claro, hasta que nos rodeó por todos lados; ¡sí!, parecía bajar flotando a través de la

rota armazón del tragaluz, como si un algo tenebroso e invisible llorara en la cubierta sobre nuestras cabezas.

Durante ese llanto nadie se movió; es decir, nadie salvo Josh y el contraмаestre, que subieron a la escotilla a ver si se divisaba algo; pero nada encontraron, de modo que volvieron a nuestro lado, pues no era sensato exponernos, desarmados como estábamos, salvo por los cuchillos que llevábamos en las vainas.

Poco más tarde, la noche descendió sobre el mundo, y nosotros seguíamos sentados en la oscura cabina, sin hablar y percibiendo la presencia de los demás únicamente por el resplandor de las pipas.

De pronto llegó desde tierra un débil gruñido, un murmullo que de inmediato ahogó el hosco tronar del llanto. Cuando se extinguió, hubo un minuto entero de silencio; después apareció de nuevo, más cercano y más claro. Yo me quité la pipa de la boca, pues volvía a sentir ese gran temor e inquietud que habían suscitado en mí los acontecimientos de la primera noche, y el sabor del tabaco ya no me producía placer. El gruñido pasó sobre nuestras cabezas y se apagó en la distancia, y reinó un brusco silencio.

Entonces, en esa quietud, se oyó la voz del contraмаestre pidiéndonos que fuéramos todos en seguida a la cabina del capitán. Mientras nos movíamos, obediéndole, el contraмаestre corrió a poner la tapa de la escotilla, y Josh fue con él, y juntos la colocaron, aunque con dificultad. Ya en la cabina del capitán, cerramos y aseguramos la puerta, apilando contra ella dos grandes baúles de marinero, con lo cual nos sentimos casi a salvo, sabiendo que allí nadie, hombre o animal, podía alcanzarnos. No obstante, como es de suponer, no nos sentíamos del todo seguros, ya que en el gruñido que ahora llenaba la oscuridad había algo de demoniaco, e ignorábamos qué poderes horribles andaban fuera del barco.

El gruñido continuó durante toda la noche, aparentemente muy cerca de nosotros, ¡sí!, casi sobre nuestras ca-

bezas, y mucho más fuerte que la noche anterior; de modo que agradecí al Todopoderoso porque habíamos encontrado refugio entre tanto miedo.